



COLECCIÓN · CEART · SAN LUIS

CUADERNOS DE TRABAJO

# Escritura en colectivo

SELECCIÓN DE LOS TALLERES DE LITERATURA

DEL CEART SAN LUIS





# Escritura en colectivo

SELECCIÓN DE LOS TALLERES DE LITERATURA

DEL CEART SAN LUIS

Coordinador: Alexandro Roque



D.R., 2022, Centro de las Artes de San Luis Potosí

De los textos: los autores

Primera edición 2022

Alexandro Roque

Berenice Barragán

Lelia Acosta

José Manuel Alvarado

Mónica Quijas

Juan Antonio Reyes Agüero

Gabriel Esaul Mata Martínez

Iván Meza

Rodolfo Olguín

N. A. Rico

Silvia Velasco

Alexa Martínez

Gustavo Antonio SP

Sagrario Serna Campos

Coordinador: Alexandro Roque

Diseño editorial: Centro de las Artes de San Luis Potosí

La presente publicación se realiza con fines culturales y educativos. Se prohíbe la reproducción, difusión y la creación de obras derivadas para fines comerciales/ lucrativos. La titularidad de los derechos sobre las obras publicadas recae en los autores de los textos que aparecen en la presente antología; para fines comerciales y lucrativos deberá consultarse directamente con los autores.

Editado en México

## Índice

<b>Preludio</b> • Alexandro Roque	7
<b>El hombre contra el reloj</b> • Berenice Barragán	11
<b>¡Oye!</b> • Lelia Acosta	17
<b>La Güera Loera</b> • José Manuel Alvarado	21
<b>Los pasos de Macrina</b> • Mónica Quijas	25
<b>Corriendo alcanzamos a los antepasados y dejamos atrás a los contemporáneos</b> • Juan Antonio Reyes Agüero	29
<b>¿De qué lado de la puerta?</b> • Gabriel Esaul Mata Martínez	35
<b>Isabel</b> • Iván Meza	41
<b>La mano en el muro</b> • Rodolfo Olguín	49
<b>Carta al vacío</b> • N. A. Rico	53
<b>La última charreada</b> • Silvia Velasco	57
<b>Ícaro</b> • Alexa Martínez	61
<b>Perpetua</b> • Gustavo Antonio SP	63
<b>El músico</b> • Sagrario Serna Campos	69

---



# Preludio

## Preludio

Alexandro Roque

---

Mucha historia y muchas historias tiene el Centro de las Artes de San Luis Potosí, y no solo en los 14 años que tiene desde su inauguración como tal, el 27 de agosto de 2008. Los ocho edificios que rodean al Panóptico fueron otras tantas crujiás, escenarios de aislamiento y castigo, como parte central de la Penitenciaría del estado desde 1904, y así se crearon recuerdos, personajes y leyendas.

Hoy celebramos que no hay nadie que vigile y castigue en lo alto del Panóptico, y donde hubo celdas hay espacios de creación y libertad. Con sus galerías y escenarios, con sus aulas y patios temáticos, el CEART San Luis propone nuevas historias en cada disciplina artística.

La literatura, en todos sus géneros y adaptaciones, ha sido vital en el proyecto de esta institución, y ha contado con docentes de talleres y cursos de primer nivel, locales, nacionales e internacionales. Para mí es un honor y una gran oportunidad de crecimiento el colaborar desde 2016 como tallerista literario. Han sido años de inspiración y crecimiento personal y artístico. Cada persona que ha compartido su tiempo, gustos literarios y creaciones propias ha significado una oportunidad para ser otro, para avanzar en un quehacer que se vuelve pasión y forma de vida.

En la educación escolarizada, los acercamientos a la literatura (Español, Lectura y Redacción) dependen del gusto de quien está al frente por su materia. La obligatoriedad de equis número de horas clase y la organización curricular de las materias no siempre alientan al estudiantado a sumergirse en tantos mundos posibles, y menos a crearlos. A un taller literario se va por voluntad, por gusto. Y eso ya es una maravilla.

Cada participante ha llegado con un bagaje propio de lecturas y proyectos de escritura, y es por esta diversidad que un taller literario enriquece el mundo de

los otros. Ha habido desde jóvenes de secundaria hasta jubilados, desde quienes ya tienen armado un proyecto de libro hasta quienes solo saben que quieren escribir «algo», con algunos pequeños esbozos en sus computadoras o cuadernos.

La literatura surge de una necesidad, de un deseo íntimo de compartir, sean historias o sentimientos. Aunque escribir es un oficio solitario —para evitar distracciones, para sumergirnos en nuestras vivencias, imaginación y recuerdos—, si queremos compartirlo, hay que pasar a la etapa de revisión. Pocos son los textos que surgen ya publicables, listos para la imprenta; hay que pasarlos por varios tamices: ortografía, etimología, sintaxis, limar lo trivial o enfatizar lo que consideramos importante. Un adjetivo de más o una coma mal colocada pueden echar a perder un texto, o volverlo un mal chiste. Ciertas repeticiones de palabras pueden crear música o volverse cacofonía. Hay que volver «reales» a ciertos personajes o encontrar la figura retórica adecuada. De ahí la valía de «tallerear», de oír propuestas y comentarios en un ambiente de respeto, con personas que están en la misma búsqueda, quienes a veces se vuelven amistades entrañables con los que festejamos cada logro.

Gracias al Mtro. Aldo Córdoba y al personal directivo, administrativo y docente del CEART San Luis por el generoso apoyo para presentar esta pequeña muestra de textos —la mayoría acerca de este espacio al que hoy festejamos—, apoyo siempre presente en los proyectos que hemos propuesto desde la creación literaria. Gracias a los compañeros y compañeras de aventura, por las tramas y la poesía.

Desde un aula de Integración y Literatura, a ustedes, gracias por su lectura. Hagamos arte para que nada nos aprisione.

San Luis Potosí, SLP, agosto de 2022



**Alexandro Roque** (San Luis Potosí, SLP, 1971). Escritor, editor, periodista cultural y artista visual. Profesor de redacción y coordinador de talleres literarios en diversas instituciones desde 1997. Ha obtenido premios en artes plásticas, fotografía, periodismo y literatura, entre los cuales destacan: Premio Manuel José Othón, Narrativa (con novela, 2019, y cuento, 1999); tercer lugar en el Concurso Internacional de Cuento Dorian (Perú, 2005) y primer lugar en el III Concurso Nacional de Cuento Campirano Marte R. Gómez (Universidad Autónoma de Chapingo, 1998). Ha corregido y cuidado la edición de más de 200 libros para instituciones y particulares. Obra reciente: *La bruja guachichil, palabras para otra magia* (Ponciano Arriaga/El Colegio de San Luis, 2021) y *Fuera de mí, eufemismos para ciertas locuras* (El Diván Negro, 2.ª edición, 2022).



# El hombre contra el reloj

# El hombre contra el reloj

Berenice Barragán

---

Martín Valverde siempre fue un sujeto cuerdo. Vivió soltero gran parte de su vida en la costa, en una casita pintoresca cerca de la playa, ausente de calendarios y donde siempre olía a coco.

Trabajaba medio tiempo de chef en el restaurante La Langosta de Oro, y con eso le alcanzaba y le bastaba: más tiempo hubiera sido mucho para él. Ahorraba para visitar Italia y deleitarse con la exquisita gastronomía del otro lado del mundo. Tan alegre el muchacho, y muy querido por familiares y amigos, a quienes sorprendía los fines de semana con alguno que otro platillo sureño.

A Martín le iba bien en todo, acostumbraba a sacar su silloncito de paja fuera de su casa y suspirar por la comodidad, o porque sentía que algo le faltaba, pero no sabía qué. Eso le ocurría desde su adolescencia.

Muchas noches le faltaba el sueño. Por más que intentaba evocar el color blanco o contar ovejas, terminaba cavilando sobre los relojes vitales de cada persona. Los relojes vitales para él eran el tiempo de vida de un ser humano, y había de tres, de 18, de 27, hasta de más de 100. Terminaba adormilado con una melancolía que le oprimía el pecho. «Tan rápido es sábado», «¿ya es diciembre?», «de qué sirve tanto esfuerzo si terminaré en un hoyo en la tierra con gusanos comiéndome», se decía muy a menudo.

Desde que se obsesionó con esa idea del tiempo, trataba de que los platillos fueran más deliciosos, pues cada felicitación del cliente le sumaba puntos a su reloj vital imaginario. Creía brindarle un momento de felicidad a una persona que no tenía idea de si ese sería su último platillo. Eso lo hacía sonreír. Hubo una vez que preparó la mejor langosta de su vida; el olor de la salsa de tomate y especias que la acompañaban impregnó todo el restaurante. La señorita que se iba a deleitar con el succulento plato hasta volteó los ojos con solo olerla, y al partir el crujiente y

rojizo cuerpo desprendió un olor inimaginable, todos los clientes suspiraron y estuvieron al tanto de la primera mordida. La señorita la probó y casi se le escurrió una lágrima de tan sabroso que estaba, por ese momento. Pidió felicitar al chef no solo con halagos, sino que le brindó un cheque con varios ceros. Martín, feliz, reía porque ese momento lo haría inmortal.

Toda esa algarabía interior sucumbió cuando, unos minutos después, afuera de La Langosta de Oro un coche del año se estampó contra un poste de concreto. Como la persona no llevaba cinturón de seguridad, falleció al instante. Martín se enteró de quién, de qué señorita se trataba. Al comprobar su idea de platillos para gente que ignora el tiempo de vida, se sintió satisfecho, pero inquieto, con lo que había sucedido. «Pobre mujer, ni enterada estaba de que iba a fallecer en un accidente tan estúpido», se repitió toda la noche, mientras sus sueños lo dirigían al pensamiento de que al morir el alma queda suspendida eternamente en tinieblas.

Empezó a administrar su tiempo, una hora para ejercitarse, quince minutos para el baño, seis horas para trabajar, una de descanso o para lectura, otras tantas para pasear, otras para esto, otras para lo otro... Tenía su agenda completa para no perder nada de tiempo y disfrutar así los días que le quedaban en su reloj vital. No quería desperdiciar ningún minuto.

Una vez escuchó de un compañero, mientras cocinaba, que su abuelita tenía un tumor que le imposibilitaba caminar, por lo cual no podía pararse. Llevaba más de cinco años así, le leían en la cama, le cantaban ahí y le llevaban de comer. Martín, con incomodidad e indignación, cerró sus puños tras los bolsillos del delantal, y pensó en preguntarle dónde vivía para ahogar a esa señora que solo desperdiciaba años acostada sin hacer nada. «Pero aunque haga algo, corra, brinque, salte o folle, morirá, se irá para siempre y nunca más volverá a pisar este mundo terrenal», se dijo Martín al tratar de dormir esa noche.

Estaba ya en un debate mental: ignorar el infranqueable paso del tiempo, curarse mentalmente de todo eso que lo acongojaba, o seguir su vida con esos derroches de excentricidad, y perder tiempo en cosas tan cotidianas, pues como quiera, el fatal destino iba a llegar.

Comenzó a obsesionarse cada vez más con el tiempo. Cuando surgía un imprevisto, una reunión, lo que sea que interfiriera con su perfectísimo horario, se ponía paranoico. Una vez intentó estrangular a un doctor que lo quería internar por una simple neumonía: el doctor, asustado, pidió a los de seguridad que lo sacaran y así se fue.

Cuando murieron sus padres sufrió como nunca. Dejó de frecuentar a su familia y amigos, quería olvidar los lazos fraternales que lo llevan a uno al sufrimiento. Comenzó a aislarse, a no encariñarse con nadie ni con nada, porque le parecía que nada era imperecedero. No abrió la puerta a las visitas, los corría amargamente.

Dejó el trabajo, se limitó a una vida de ermitaño, solo comprando despensa con los ahorros de sus viajes. Se la pasaba nadando, leyendo, paseando, haciendo cosas que le agradaban, sin olvidar que los días transcurrían y no volvían atrás. Olvidó lo de viajar a Italia, por la amargura que traía encima.

Se acostumbró a la pesadez de sus sueños, a la incertidumbre de vivir solo porque sus padres lo habían traído al mundo. «¿Para qué, para ser un simple chef? ¿Para sufrir por la muerte de un ser amado? ¿Acaso hay alguna razón para seguir aquí sufriendo al ver innumerables veces el sol y luego la luna?» No odiaba el tiempo, odiaba vivir sin sentido.

Acudió con un psicólogo, quien al oír su historia, sintió pena por Martín y tragó saliva. Le recetó unas pastillas que lo hacían dormir más y pensar menos.

Llegó la época de carnaval: los tambores sonaban ensordecedores, el escándalo en las calles no cesaba, las hermosas rumberas vestían de colores.

Era la representación de la vida en su máximo esplendor, pero para Martín significaba la ignorancia de la muerte.

La noche del carnaval se le vio por última vez en la playa, desnudo, nadando hacia el horizonte.

Martín Valverde siempre fue un sujeto cuerdo, pero una noche comprendió que hay hombres que sólo viven por vivir.

**Cindy Berenice Barragán Gaytán** (Ciudad Madero, Tamps., 22 de octubre de 1993). Lic. en Educación Primaria. Ha participado en diferentes talleres del Centro de las Artes de San Luis Potosí en los que se destacan: Iniciación a la escritura, impartido por Alexandro Roque (2016-2017), Narrativas y reflexiones, impartido por Violeta García (2020) y Literatura fantástica mexicana, impartido por Gabriela Nájera (2020).



**!Oye!**



La libertad de la fantasía no es ninguna huida a la irrealidad, es creación y osadía.

—EUGÉNE IONESCO

Es de noche y el museo está en total silencio.

Con detenimiento, Toño revisa cada espacio, cada rincón, esperando encontrar todo listo para la inauguración, que será al día siguiente.

Ha terminado su jornada de trabajo y camina hacia la puerta de salida. Atraviesa el patio que infinidad de veces ha recorrido en diversos horarios todos los días de la semana.

Justo cuando va a cruzar el umbral de salida, escucha una voz que le dice:

—¡Oye!

Él, desconcertado, sabiendo que toda la gente había ya salido, gira la cabeza para localizar al vigilante que, suponía, lo estaba llamando. No ve a nadie, se percata de que ha dejado una luz encendida y regresa a apagarla. Retoma su camino a la salida, pero al pasar junto a la escultura del patio central escucha nuevamente la voz que lo llama por su nombre:

—¡Toño!

Siente que el corazón se le acelera y lentamente voltea para cerciorarse de la procedencia de la voz. No hay nadie más que él. Dirige su mirada a la escultura de grandes dimensiones y recorre cada una de las figuras que forman parte de la obra, de manera especial a la que sobresale por su tamaño, un ave de formas extrañas y místicas. Nota que la cabeza del ave está girada hacia él. Atónito, observa que los labios de bronce se mueven y nuevamente escucha la voz:

—Respóndeme, ¡soy yo quien te habla!

Toño siente que ha perdido el control de su cuerpo y con voz temblorosa le pregunta a la figura:

—¿E... eres tú? ¡No puede ser!

Ella le responde:

—Llevo un año atrapada en este lugar. Día a día, veo pasar muchas personas, van y vienen y nadie se detiene a observar mi expresión de desasosiego y soledad. Nadie se pregunta por qué estoy aquí, mucho menos se preguntarán si pienso o siento. Tal vez mi condición estática, mi forma creada en metal, haga pensar que soy fría y sin vida.

El director, paralizado y con los labios secos, apenas alcanza a balbucear:

—Pero... ¿tienes vida?, ¿sientes?, ¿tienes alma?

El ave le respondió:

—A pesar de ser vista tan sólo como un objeto, puedo sentir frío y calor, el miedo, la soledad, la tristeza y todo lo que provocan los largos silencios. Recuerda lo que te digo: en mi mundo, como en el tuyo, ¡hay vida!

En ese momento, Toño abrió los ojos y se percató de que estaba en su escritorio. ¡Se había quedado dormido! El exceso de trabajo lo tenía agotado física y mentalmente. ¡Todo había sido un sueño!

Aún desconcertado, empieza a recoger sus pertenencias para disponerse a salir de la oficina y emprender el camino hacia su casa. Apaga las luces, cierra la puerta, cruza el umbral de salida y escucha una voz que le dice:

—¡Oye!

**María Lelia Acosta** es Lic. en Desarrollo Humano, con maestría en *Coaching Integral y Organizacional*. Pintora y escritora. Asistente a talleres de escritura con los maestros Alejandro Roque y Félix Barbosa, así como un curso virtual de novela con Rosa Montero. Entre sus premios están una beca para el curso “Escribe con Rosa Montero” y un segundo lugar en el concurso de la Clínica Psiquiátrica Dr. Everardo Neumann 2022. Ha publicado *Los Misterios de la abuela*, en el colectivo «El otro taller de Santa» y *Max y Cucu. Menudos problemas* en la antología *Juguemos en el Bosque*, de editorial Momo.



# La Güera Loera

# La Güera Loera

José Manuel Alvarado

---

Hoy supe de tu partida. Lo supe de buena fuente y de manera casual, al encontrarme a un paisano que me platicó las novedades. Pronto discurrieron las noticias, como la contabilidad de *morideros* por la *plaga del cangrejo*; «y también la Güera Loera —me aseguró—, y de lo mismo». Mi amigo no pudo precisarme quién eras. Quizás apliqué mi mecanismo de negación como incredulidad para aceptar tu muerte y afrontar, en su oportunidad, la mía. Seguí preguntando hasta que me confirmaron la noticia.

Entre más años cumplo, más muertos se anegan en mi dolor. Todo empezó cuando ingresé en la Secundaria para Trabajadores. Hubo sorpresa por la caída de nieve en la ciudad de San Luis, y al año siguiente expectación por las Olimpiadas celebradas en México. En los laberintos de mis amores de obsesiones testarudas, recordaba cómo iba a enfrentarme ante lo femenino, representado por aquella chica güera, que me desdeñaba.

Consumía las horas especulando: si todo pasa y el tiempo acaba hasta con el recuerdo hacia los difuntos, debía pasarme ya ese enamoramiento mal correspondido. Cómo era posible que siguiera enfrascado en esa obstinación, mientras ella ni siquiera se percataba de mis emociones o fingía no darse cuenta.

Entre los alumnos estaba Emmanuel, alias el *Diablo*, quien heredó de su padre el mismo nombre y apodo, vivían por la calle de Insurgentes. Mi compañero era de tez aperlada, colmillos y quijada saliente, cara larga y pelo lacio, con arrugas verticales en los carrillos. Extrovertido, no se inmutaba ante la vista de nadie, como un perro que por su naturaleza, carece de convencionalismos. Intentaba significarse tomando a burla las actividades escolares, así como los ensayos de la escolta a la bandera. Procuraba la atención y el reconocimiento del

grupo con actos desfachatados que nadie hacía, como golpear mesabancos, o bien con bravuconadas retadoras. Pronto fui blanco de sus ataques.

Aunque yo estaba bien posicionado y era uno de los estudiantes más destacados del grupo, cargaba el sentimiento de culpa que me provocaron las religiosas del colegio. Enseguida, el Diablo detectó que no era correspondido, y en toda oportunidad trató de avergonzarme con sus desafíos, haciéndome sentir mal ante la Güera.

Ese marzo, María Isabel, otra de mis compañeras, me dedicó unos versos. La conocí en la academia comercial, cuando ella llegaba con Zacarías, su hermano. Y más tarde nos reencontramos en la misma secundaria.

María Isabel no era guapa ni pertenecía a la clase económica que disfrutaba la Güera. María Isabel era sencilla y me procuraba; en cambio, la bonita era como un maniquí que me patentaba su rechazo. A pesar de eso, seguía con los ojos puestos en la bella, quien con mueca retorcida, que su cutis rosado no ocultaba, refería: «todos los hombres son iguales».

Nunca le pregunté por qué me lo decía y otra vez a cavilar, si era porque consideraba que todo hombre por su naturaleza de agente activo busca satisfacer su instinto sexual, o si era porque había muchos varones viciosos, y porque todos los hombres cometemos los mismos errores. Practicaba mi examen de conciencia sin atinar si yo era así. Me restaba en vez de sumar; estuve tan obsesionado en meter mi corazón donde no podía que rayaba en una aberración perversa, haciéndole caricias a la leona, sin tomar conciencia de que de un zarpazo me dejaría con el alma rota.

En cambio, los versos que me compuso María Isabel trataban de levantarme la autoestima: *Nunca te avergüences de ser lo que eres, quiero que tú creas que eres el mejor: alma limpia y pura, cuerpo y rostro feos, toda una dulzura, yo así te quiero.*

Era un llamado para despertar, para darme cuenta de mi necesidad, de mi ceguera espiritual ante la imagen exterior de la belleza, cortinilla de lo inmundo, y me obligaba a oír el interior de las personas.

Aquel 26 de abril, María Isabel me dio un estuche con dedicatoria: *Guárdalo como un recuerdo de tu amiga que tal vez con el tiempo olvidarás. Recíbelo como un regalo del día de tu santo, que en su oportunidad no te pude entregar. Tu amiga que siempre te recordará con cariño.* En su momento lo estimé poco. Resultaba paradójico que en las noches, a la hermosa le componía versos que terminaban con *Lozanía en plenitud*. Las demás rimas las he olvidado.

A partir de la graduación, cada quien tomó un camino diferente. Años después, a Emmanuel lo identifiqué en una causa penal como inculpado, pero nunca abrigué la venganza en su contra, que pude ejercer aumentando su condena. En cuanto a María Isabel, jamás supe de su destino, solo de su hermano Zacarías, cuando los escritores de Monterrey, en el mes de los terremotos, fueron a su tierra natal a presentar su obra publicada, como un homenaje póstumo.

Cómo recuerdo aquella ocasión en la que regresaste viuda y quisiste saludarme. Lo sé, pero fingí no verte. Me hice el inadvertido. Tampoco te guardaba resentimiento. Pensé que sería mejor que el tiempo arrastrara mis últimos recuerdos.

**José Manuel Alvarado** (Sahuayo, Mich. 1987). Es Lic. en Historia y promotor de la lectura. Actualmente imparte cursos de literatura en el Instituto Potosino de Bellas Artes y dirige la Sala de Lectura «El Ánfora de Aradia» en el Instituto de las Mujeres.



# Los pasos de Macrina



# Los pasos de Macrina

Mónica Quijas

---

Cueva, lengua de avellana,

voz que abona a la calma.

Gestos de flor escogida.

La ternura humea en tu cuerpo

y tibia el patio y el jardín.

Tu ánimo, hogar de abril

Amas, de tu ceño a la tierra

del cielo de estrellas vas desprendida

que a los pájaros y a mariposas

has visto siempre volver

y entregas la azul semilla

de jazmín a la noche.

Un grillo reposa en tu cabello  
Canta, y miras detrás de los ensueños.  
Lo invitas cada noche a dormir contigo  
que al día, sus raíces, aún tocan tu pecho.

Pecho que riega latidos perlinos

Crepitan tus ojos, dorado naranja  
Orquídeas llevas en mármol pecho

Alas de helechos crecientes.

Evaporan canela y azúcar

... tus brazos sahumero.

Pulsas el campo de piel llovido

y extiendes tu miel en esporas

la felicidad vive en tus dedos

La Compasión deviene arcoíris.





**Corriendo alcanzamos a los  
antepasados y dejamos atrás  
a los contemporáneos**

# Corriendo alcanzamos a los antepasados y dejamos atrás a los contemporáneos

Juan Antonio Reyes Agüero

---

## Se corre para dejar atrás a los contemporáneos

Es común entre los corredores explicarse por qué se corre. Motivos hay tantos como corredores que los expresen existan: se corre por la necesidad de ejercitarse, por la sensación de libertad y satisfacción, como terapia para atravesar el laberinto de las preocupaciones; para alcanzar a la persona que agrada o para agradecer a quien nos ve, especialmente si lo hace con el brillo que enamora; para pensar y repensar los problemas de lo cotidiano; se corre para tener plática y presumir los kilómetros que se lograron, o si no se lograron, para tener una base con la cual mentir sobre alcances heroicos; se corre para poseer la admiración de quienes nos rodean, para ser padres ejemplares, hermanos invencibles, colegas admirables, familiares presumibles; para recibir muchos «me gusta» en las redes sociales. Se corre para creer que todo eso es cierto. Considero que hay personas que, ignorándolo, corren para tratar de dejar atrás a los contemporáneos, no sólo en el sentido de ir adelante de ellos, más bien para ganarle al sedentarismo de la vida moderna. La mayor parte de la gente, en especial los urbanitas, cargan en sus espaldas las enfermedades de la civilización conectadas con el sedentarismo: trastornos alimentarios, obesidad, piernas y caderas débiles por huesos sin calcio y músculos flácidos, con cansancio crónico, fatiga insoportable, diabetes, colesterol obstructivo del flujo de sangre y con ello la hipertensión arterial, la aterosclerosis, que son camino al infarto del miocardio y otras cardiopatías. Entonces se corre para tratar de superar a los contemporáneos posmodernos; para ganarle al automóvil en el que el pie quedó reducido a empujar el acelerador;

para evitar las horas ejercitando los dedos sobre el control de la TV o la pantalla del móvil, la tableta o la computadora; para ganarle al elevador por sólo tres o cinco pisos en donde sólo se requiere oprimir el botón respectivo y disfrutar la sensación de ascenso.

### **Corremos para alcanzar a los antepasados**

Más allá de lo que cada corredor piensa sobre su actividad, pocos consideran el correr como un acto de reivindicación evolutiva. Así, se corre para alcanzar a los antepasados, que hasta hace poco andaban el mundo andando, especialmente si carecían de montura. Se camina desde los protohumanos en África, cuando se acabó el mundo del bosque, y los nichos arborícolas estaban ocupados por los parientes lejanos, mejores trepadores que nosotros. Entonces surgió otra vía. Ante aquellos ojos de los ancestros humanos se abrió un gran llano, una planicie sin árboles, un hábitat sin competencia de parientes evolutivos cercanos, y claro, nuevos retos. Debía valer la pena adaptarse a ese entorno y evolucionar. Los protohumanos evolucionaron adaptándose a un medio en el que era insuficiente la inmovilidad, aunque tampoco urgía la velocidad. Con andar, trotar y correr era suficiente. Y claro, combinado con nuestro mejor tesoro, el cerebro. Porque en ese nuevo ambiente tuvimos depredadores y otro tipo de competidores. Algunos autores como Ruxton y Wilkinson (2012) hablan de la importancia del *enduring running* (la habilidad del humano de correr grandes distancias con métodos aeróbicos) para conseguir carne en nuestra fase de carroñeros. Se buscaban los despojos despreciados por otros animales, o los animales muertos por causas ajenas a la depredación. La señal para todos era el vuelo de las aves carroñeras que anunciaban un animal muerto y en ese momento se iniciaba la carrera. Para avanzar hasta esos restos animales, los protohumanos desarrollaron el *enduring running*; el objetivo era ganarles a los otros depredadores u otros carroñeros, llegar, desprender la carne con cuchillos líticos y volver a correr con la preciada

carne antes de que llegaran depredadores infranqueables, leones y hienas. Debimos aprender a cazar sin ser cazados y en ello, correr y la inteligencia fueron la clave.

Los protohumanos se irguieron sobre sus extremidades inferiores y se pusieron a andar, trotar, correr. Fue difícil, pues al contrario de la estabilidad que da el andar en cuatro patas, caminar en dos es un acto de *perpetuum statera*, de equilibrio eterno; es andar retando a la gravedad y evitar caer de bruces, avanzar con el pie por delante para resistir la atracción del planeta, para evitar el desplome. Si el andar es difícil, correr es una locura por vencer la gravedad más aprisa. Ese andar modeló el cuerpo del humano, alto, erecto, espigado o robusto, pero siempre fuerte y sano. Con pantorrillas y muslos resistentes a las fatigas de los largos caminos y con lo mejor de su adaptación a la locomoción bípeda, el pie humano. Este pie no tiene igual en el reino animal. Es un diseño ideal para andar, trotar y correr. Está distante del pie plano del resto de los primates, con sus largos y móviles dedos arborícolas. El pie humano tiene una base embellecida por un arco en su parte interna y una distribución de dedos ideal para apoyar el andar, el trotar y el correr. Y el talón, que es único, con su inigualable cojinete para suavizar el golpe en el suelo.

El *enduring running* es una característica exclusiva de los humanos. Nuestros primates cercanos hacen carreras veloces muy ocasionalmente y en distancias muy cortas (Bramble y Liebman, 2005) y hay animales más veloces que los humanos. El venado, el jaguar, el perro, el toro, bueno, hasta el rechoncho hipopótamo es más veloz que los humanos. Todos ellos pueden correr sobre sus dedos como los cánidos y los felinos, sobre una o dos uñas como los cérvidos o los bóvidos, o sobre su pie entero como los hipopótamos, pero todos ellos, además, corren en cuatro patas, con más agarre, más potencia; con su columna vertebral paralela a la superficie del planeta y cuatro patas para sostenerla, hay despreocupación por el balance y el equilibrio. Pero la carrera veloz de todos esos animales y muchos más terminó dentro de su hábitat original: agotados, ya no

siguieron. Los humanos, en comparación, son lentos, pero andan, trotan y corren el camino desde el cuerno de África hasta el fin del mundo, en la última esquina de la Patagonia. Recorren todos los ecosistemas, enfrentando todos los peligros, invadiendo el mundo corriendo, trotando, andando. Esos somos nosotros. Correr es reivindicarse como humano; correr ahora es tratar de alcanzar a nuestros antepasados.

Correr, trotar, andar es, entonces, reivindicar nuestra historia evolutiva, es volver a los orígenes, es recordar a las quinientas mil generaciones que nos precedieron y nos hicieron en el día a día de la evolución. Es hacer valer los ciento cincuenta mil años del pie humano, de esa bisagra que nos conecta con la Tierra, que pisa el suelo, la arena, que patea las piedras del camino, que recibe el baño del charco al pasar veloz. Corriendo, dejamos atrás a los contemporáneos y alcanzamos a nuestros antepasados.

---

Referencias:

Bramble, D. M. y D. E. Lieberman. 2004. *Endurance running and the evolution of Homo*. *Nature* 432:345-352.

Ruxton, G. D. y D. M. Wilkinson. 2012. *Endurance running and its relevance to scavenging by early hominins*. *Evolution* 67(3): 861-867.



**Juan Antonio Reyes-Agüero** (Cd. de México, 1963). Profesor-investigador en el Instituto de Investigación de Zonas Desérticas (IIZD-UASLP) desde hace 25 años. Investigador sobre ecología y manejo de recursos naturales. Ha escrito 21 artículos de divulgación, entre otros, sobre aspectos históricos de plantas emblemáticas de México, y relatos sobre la botánica potosinense, además de textos sobre su historia familiar y uno que otro poema mal escrito. Corredor empedernido hasta que una lesión cervical interrumpió su maratón de vida. Ahora no corre, solo anda y anda bien.



**¿De qué lado de la puerta?**

# ¿De qué lado de la puerta?

Gabriel Esaul Mata Martínez

---

Yo confieso...  
He pecado mucho de pensamiento,  
palabra, obra y omisión...

Es sábado y estoy golpeando el piso con el talón de mi zapato, intentando imitar la melodía de una canción que escuché en la radio del coche cuando veníamos en camino. Mi mirada absorta en el muro de piedra roja a mi derecha busca las juntas invisibles de los sillares. El viento mueve de un lado al otro las palmeras del parque, que enmarcan la ventana alargada, misma en donde se ve caer la noche en la lejanía. La gente sigue llegando y el trajinar de los meseros, junto con el ruido de los cubiertos, interrumpe el rumor del agua que cae en la fuente del vestíbulo. De haber sido por mí, no hubiera hecho la reservación, pero este es su lugar favorito, cosa que me cuesta entender —apenas es la segunda vez que venimos en nueve años—, aunque claro, no tengo derecho a juzgarla: tantas veces he pensado que es demasiado tonto el hecho de que sin haber pisado Francia, mi edificio preferido sea el Ronchamp, de Le Corbusier.

Su rostro interrumpe mis cavilaciones, toma mi mano y sonrío para después llevar su cabeza a mi pecho. Yo tengo que acercar un poco más la silla y le doy un beso.

—¿Qué piensas? ¿Por qué has salido tarde hoy? —Le pregunto sin ánimos de saber, deseando en ese mismo instante no haberlo hecho.

Quizá es incorrecto decir que no quiero saber; creo que es mejor decir que no quiero escuchar las dilatadas explicaciones; es seguro que empezará a divagar, a detenerse en detalles y a repetir incansablemente el motivo, una vez que lo haya encontrado.

Así, mientras el mesero anota nuestra orden, me entero de que hoy ha tenido que medir un enorme terreno, ubicado al sur de la ciudad, sacar el volumen de las excavaciones que se necesitan para la cimentación, que Juan no ha querido trabajar y que se la ha pasado mandando mensajes por el celular, y que, como de costumbre, ella ha tenido que hacer todo el trabajo, y todo bajo el implacable sol de primavera, y que tal vez esto sea el motivo de su dolor de cabeza, dolor que desfigura su rostro y a mí me cae tan mal.

Bueno, he dicho que no le basta con decir todo eso una sola vez, pero como ya he escuchado todo lo que tenía que saber para comprender su estado de ánimo de hoy, he decidido irme. Entonces me levanto, salgo del lugar y camino rumbo a Bentos Sagrera, a algunos treinta minutos de distancia.

He llegado a la esquina. Las luces de las lámparas devuelven el color verde que la noche le roba a las hojas de los viejos sauces del camellón. Más allá, a la mitad de la calle, un rótulo formando la palabra Corona ilumina una casa. Debajo de la marquesina está una mesa con golosinas, una bicicleta color azul recargada sobre la fachada, las risas de una familia que disfruta la soledad de la calle y la compañía silenciosa de la noche, y todos sentados en un pedazo de tronco tirado en la banqueta. Los saludo y camino veinte metros más en línea recta; he vuelto al departamento de Jimena.

De un tiempo para acá, las visitas han sido más frecuentes; primero, el tratamiento de Gloria; después, por un motivo que aún desconozco y que me intriga, llegaron las invitaciones a cenar; luego un café por las tardes; por último, las madrugadas consumiéndose entre el humo de los cigarrillos y los tragos de *whisky*.

Camino por un estrecho pasillo lateral que desemboca en el jardín posterior y ahí está ella, con sus pantalones entallados, negros, una ombliguera holgada, que descubre su perfecto abdomen. Avanzo, me acerco un poco, como en aquella reunión hace cuatro meses por motivo de su cumpleaños, cuando Gloria no pudo asistir por ir a una obra en Querétaro. Tal vez, fue la primera

vez que pudimos platicar sólo nosotros. Mucha gente, mucho ruido. Alejandro estaba dentro, sentado en la sala con Manuel y Diana, mientras Jimena acomodaba delicadamente unos vasos sobre el mantel blanco de una mesa. Con un absurdo tema acerca del clima comencé la plática, después ella tomó de algún lugar una cámara instantánea y nos tomamos una fotografía, «para el recuerdo», me dijo, graciosa y coqueta, acompañando su frase con una carcajada. Y siguió: «acércate un poco más, no muerdo»; entonces la tomé por la cintura, cinco, diez segundos, sonreía nervioso. Ávido, mi mano la acariciaba con temor debajo de la ombliguera, esperando algo, quizá un rubor en sus mejillas, la complicidad de una mirada, cualquier pantomima que delatara la menor señal de excitación, que diera licencia a mi mano de seguir su camino...

Mientras avanzo, comienzo a pensar que todo esto ha sido un bonito invento de mi mente, pero vuelvo a ver el destello de la cámara capturando el momento en aquella tertulia; veo su cara y mi cara tan juntas a través de la fotografía que he sacado de la cartera y que sostengo con mi mano derecha. ¡No! —me digo—, ¡todo fue verdad! Después veo a Alejandro regresando al jardín, se acerca a mí y platicamos sobre el mismo tema de ayer y de siempre: el partido de fútbol, el trabajo, la misma anécdota de la pelea en el bar con Samuel, hace doce o trece años, tan gastada y deformada ya. Después, un beso, un abrazo, las gracias por haber venido; luego él y Jimena se alejan para saludar a los otros invitados...

Al guardar la fotografía observo una silueta que se dibuja en la cortina de la recámara principal del primer piso. Camino sigilosamente por la cocina, atravieso la sala, donde ella cada noche platica con Gloria, sentadas en el diván, desde donde viajan sus miradas para encontrarse con las mías, disimuladas y nerviosas, porque Alejandro me ha preguntado algo y yo no he sabido qué contestar, pues la sigo observando a ella, que aparta dulcemente el cabello de sus labios mientras subo las escaleras y sigo mi camino hasta llegar al fondo del pasillo, donde se encuentra la anhelada puerta, media cerrada o media abierta.

El cabello largo, castaño y lacio baja por su espalda y alcanza a rozar sus caderas, que se esconden detrás de sus pantalones, negros y entallados, la blusa aventada sobre el sillón de lectura, un anillo rutilante en la mesa, a un lado de la lámpara, su antebrazo derecho cubre sus senos y dirige una mirada al umbral de la recámara, como si sintiese mi presencia...

Una ráfaga de aire termina por empujar la puerta. Sonríe, sonrío como cuando yo me acerco a Gloria para darle un beso frente a ella, como cuando indica que le gustan nuestras fotografías en Guadalajara, en Morelia, y comenta que nos vemos tan bien juntos, tan lindos, tan el uno para el otro, y sigue sonriendo mientras retrocede lentamente hacia su lecho, donde acomoda una almohada y se recuesta, un minuto o dos, para después comenzar el juego: una mano pasa de su muslo a su entrepierna, la espalda se arquea, el dedo índice de la otra mano lo lleva hacia su boca para saborearlo lentamente, preparándolo, humedeciéndolo para acariciar sus labios, de donde poco a poco comienza a escurrir mi nombre, acompañado de una deliciosa seña con su pierna, que se dobla y que se dobla invitándome a pasar...

—Y tú, ¿qué piensas?

Una sonrisa va desvaneciéndose hasta transformarse en un suspiro. En el umbral de la habitación, el otro hombre, el que ella desconoce, da media vuelta, regresa al restaurante y piensa que, a pesar de todo, él sigue allí con ella, esperando la comida, mientras se dice a sí mismo, con cierta inseguridad, que nunca sería capaz de cruzar ese umbral, en donde nunca ha sabido si ha estado o no.

—En nada, solo que también tuve un día pesado.

**Esaul Mata**, alumno del taller de verano de escritura del CEART en 2018. En esos días como en los de ahora, sus escritos se interesan, a veces en cuentos, a veces en prosa poética, casi siempre sobre el aburrimiento de la cotidianidad, el estupor de las pérdidas, las alegrías y las tristezas entreveradas en el sentimiento de amor. Todo eso visto desde la ingenuidad y sensibilidad de un joven promedio de la capital potosina.



**Isabel**



# Isabel

Iván Meza

---

Mayo de 1957

El cielo era de un azul pálido, casi blanco. Había apenas unas cuantas nubes, porque las pocas que aparecían, llevadas por vientos lejanos, pronto eran desvanecidas por un sol que no daba tregua ni perdonaba intromisiones.

La paloma que despertaba despuntando el amanecer permanecía callada y atenta a las dos mujeres que, sentadas en sendas sillas, habían encontrado en ese patio una salida al calor, que, como horno hecho de adobe, cocinaba a cualquiera que se atreviese a entrar a los cuartos de la casa.

No podían ser más diferentes. Sus similitudes eran apenas básicas. Una, absorta y con la mirada perdida en el cielo, se había olvidado de seguir limpiando los frijoles que se habían quedado esperando en la cazuela de barro que tenía en el regazo. Sus dedos mostraban restos de tierra y se les veía callosos. La otra, mucho más joven, también tenía las manos ocupadas, sin embargo era con un pequeño libro de oraciones al que cada cierto tiempo iba cambiando de hoja. No obstante, sus ojos no se movían, parecía solo ver las letras y palabras, sin darles significado ni importancia.

Ambas, a su modo, no estaban ahí. Una miraba lejos, a otros cielos que no le pertenecían a esas tierras. La otra no prestaba atención al instructivo para labrar el camino y llegar al paraíso.

—Termina con eso de una vez, Chabela —dijo la muchacha del libro, apenas levantando la mirada.

La otra mujer dio un respingo sorprendida. Asustada, volvió a revolver la cazuela de los frijoles. Por un momento había olvidado que estaba acompañada.

—Oye, Chabe —volvió a hablar la muchacha después de un rato—, hoy

voy a ir al *Jardín*. Me dijo Juanita Trujillo que por ahí anda de nuevo Daniel Jalomo. Dicen que estuvo por México desde que se fue.

Chabe, que seguía ensimismada y limpiando los frijoles, pasándolos de una mano a otra como un péndulo sin hilo, pareció no escuchar lo que le acababan de decir.

—Su papá tiene asuntos allá —dijo la muchacha, dejando el librito en el suelo—: casas, negocios y cosas así. ¡Dicen que fue al funeral de Pedro Infante!... En paz descanse —agregó, persignándose.

—¿Danielito Jalomo? —preguntó Chabela al fin mientras observaba una piedrita que sostenía entre los dedos— Los Jalomo de la *Juárez*, ¿no? El chaparrito que parece que no tiene cuello.

La muchacha, con mirada severa, controló el impulso por responder aquella observación fuera de lugar, aunque cierta, sobre Danielito Jalomo.

—El caso es, Chabelita... —comenzó la joven mientras que con el dedo índice y los ojos cerrados se alisaba una ceja. Siempre hacía eso cuando intentaba controlar su humor.

Chabela no había dado indicio de haber escuchado su nombre y por fin había arrojado aquella piedra al suelo.

—¿Chabe?... Chabelita... ¡Chabela! —gritó por fin la adolescente—. Mírame cuando te hablo, por Dios. Me haces gritar cuando no quiero. Deja esos frijoles y escúchame.

—Pero me dijiste que terminara de...

—Ya sé lo que dije, Chabela, pero esto es importante —dijo, peinándose el cabello con ambas manos. Unos mechones se le habían escapado al gritar—. Mira, hoy es martes...

—Es miércoles, Lichita...

—Es miércoles —corrigió Alicia, con impaciencia—. Es miércoles, y los miércoles sales al mercado que se pone los miércoles... Porque hoy es miércoles —repitió para sí misma como una autómatas.

—El mercado se pone los domingos, Lichita. Los miércoles no hay nada.

Alicia, claramente desconcertada, parpadeó varias veces antes de entender lo que le acababa de decir la mujer.

—Pero yo siempre te veo salir los miércoles con una bolsa, para luego regresar con ella colmada de verduras y frutas. ¡Yo te veo! —objetó Alicia ya al borde de la silla.

—¡Ah! —dijo Chabela, sonriendo, mientras ponía la cazuela de los frijoles en el piso y se sacudía las manos—. Los miércoles le pongo un altarcito a la Virgen de la Soledad. Eso que traigo son flores, no verduras.

—¿Qué?

—Siempre confundes las cosas, Lichita —apuntó Chabela—. ¿Te acuerdas esa vez que confundiste una lechuga con un repollo? —recordó, sonriendo—. Se te puso la cara toda colorada y vomitaste por todo el patio... Pues ahí precisamente fue donde echaste el charco más grande —dijo, señalando el lugar donde estaban los pies de Alicia—. ¡N'ombre!, escurría hasta...

—¡Chabela, por favor! —gritó Alicia, agitando las manos, como espantando ese recuerdo—. Sólo te quiero pedir un favor —dijo volviendo a serenarse—. Y no, no me acuerdo. Tenía como cinco años.

—No, tenías ya como trece...

—Te quería pedir un favor —repitió Alicia, ignorando el último comentario y poniéndose unos dedos en la sien—: mira, le voy a escribir una notita a Daniel. Hoy antes de que vayas a comprar las flores para el santo ese...

—La santísima Virgen de la...

—Quiero que te desvíes un poco y se la dejes —interrumpió Alicia—, pero sólo a él, en sus manos. No a su papá ni a ninguno de sus hermanos. Sólo a él.

—¿Y si no está Danielito?

—Te regresas con la nota a la casa.

Al ver a Chabela pensando demasiado sobre lo que acababa de pedirle,

Alicia añadió:

—No es nada malo, Chabe —la tranquilizó—. Es una notita para decirle que si quiere ir al *Jardín* a platicar un ratito. Si está, le dices que te vas a esperar por su respuesta, ¿sí?

Chabela parecía seguir cavilando la información a profundidad y se revolvía en su asiento, acomodándose las enaguas y frotándose las manos sobre los muslos.

—¿Segura que sólo dice eso?

—Segura, Chabe.

—Porque muy bien me cuenteas y yo le entrego algo que no debe ser a Danielito —señaló Chabela—. No hay que hacer cosas buenas que parezcan malas —aconsejó.

—Ándale, Chabelita —rogó Alicia, tomando las manos de la mujer entre las suyas—. Ve a decir lo que te acabo de explicar, ni una palabra más. ¿Me harías ese favor?

Alicia miró esos ojos tan diferentes a los suyos que mostraban duda.

—No sé —dijo Chabe—, tu papá y tu mamá se pueden dar cuenta, Lichita. Van a decir que soy una alcahueta. Dios me libre.

—Nada de eso —respondió Alicia, apretando aún más las manos—, y si se dan cuenta, no tiene nada de malo, como ya te dije.

Chabela gimoteó algo que Alicia no logró comprender.

—Mira, Chabelita —comenzó Alicia—, si me haces este favor, te prometo que te llevo al cine. Sé que nunca has ido y te va a gustar mucho ver a Jorge Negrete o a Pedro Infante así de grandotes, ¿no?

—¿Al cine?

—No te hagas que no te gustan —dijo sonriendo Alicia—. Mi papá dice que tienes una foto de ellos en tu cuarto.

Y viendo cómo se sonrojaba, agregó:

—¿Sí vas?

—Bueno, pero...

—¡Gracias, Chabelita! —saltó Alicia—. Voy a escribirle ahorita mismo.

La muchacha se levantó, se alisó el vestido y tomó el librito que estaba en el suelo.

—Ah, antes de irte te doy la nota ahí por el zaguán. No te vayas a ir sin que te la dé, ¿entiendes?

La muchacha se dio la vuelta, pero antes de partir, la voz de Chabela la detuvo.

—Oye, Lichita —dijo—, sí te la voy a llevar —agregó al ver la cara de preocupación de Alicia—. Se la llevo a Danielito, pero, ¿cuánto cuesta ir al mentado cine ese?

La pregunta, aunque desconcertante, tranquilizó a la joven, que se dio la vuelta, recargó el peso de su cuerpo sobre la pierna izquierda y cruzó los brazos.

—Pues no sé, Chabe —respondió pensativa—; como veinte pesos, ya contando todo.

—¿Veinte pesos?

—Más o menos, ¿por qué?

—Pues... mejor dame ese dinero que se va a gastar para hacer un caldito de res.

—¿Qué dices? —preguntó Alicia, sorprendida.

—Es que ni a ti ni a tus papás les gusta mucho la carne, y a mí me queda muy sabroso, modestia aparte. Sabiéndole poner todo, va a quedar bien rico, nada más hace falta un buen...

Alicia, con la boca abierta, el cabello despeinado y los ojos desorbitados, no daba crédito a lo que oía. Las aletas de la nariz se le abrían y cerraban muy rápido, y sintió cómo el calor le subía a la cara. No podía creer lo que aquella mujer decía. Dejando salir la impaciencia acumulada, por fin explotó.

—¡Mira, Isabel! —gritó interrumpiendo lo que seguía murmurando

Chabela sobre el caldo de res ideal—: solo límitate a pasar a mi cuarto por la nota antes de irte, y se la llevas a Daniel... Y no te tardes.

—¿Y sí me vas a dar para el caldo?

Claramente molesta, Alicia se talló la cara con la mano derecha, dejándola colorada; se controló y trató, sin lograrlo, de componer una sonrisa que terminó pareciendo una expresión de ataque.

—Ya termina de limpiar esos tristes frijoles —dijo, señalando la cazuela y mirando a Chabela de arriba a abajo con furia, mientras se daba la vuelta con el librito doblado con mucha fuerza en la mano—. Llevas ahí más de una hora y nada más no acabas.

Caminó con determinación, haciendo sonar sus zapatos antes de entrar en el corredor por el que pronto su figura se perdió.

—¿Entonces ya no voy a ver a Pedrito, Alicia? —le gritó Chabe sin obtener respuesta—. ¡Lichita...!

Chabela levantó la cazuela con los frijoles, dedicó una mirada al cielo, que seguía despejado, y se puso de nuevo a buscar piedritas o cualquier tipo de basura que se escondiera entre aquellos granos.

—¡Bah!, mira esta! —se dijo pasado un rato—, teniendo para un caldo y me tiene aquí limpiando frijoles.





# La mano en el muro



# La mano en el muro

Rodolfo Olguín

---

(fragmento de la novela *Trilogy*)

Ahora cabila frente a esa mano, exacta como la de su padre, impresa en el muro, con escurrimientos como lágrimas de virgen pintadas de color rojo carmesí, con un brillo propio que algo intenta ocultar. Percibe un olor particular, seguramente conocido, algo común en esos muros tan fríos, tan inciertos y sin esperanza, o más bien, donde la esperanza se va muriendo poco a poco, extinguiéndose sin remedio, como cuando la vida se termina con el último aliento. Una mano exacta, con un mensaje oculto que solo puede ser revelado a quienes estén dispuestos a pagar el precio por conocer sus secretos, sus mensajes que no sabemos qué misterios guarden. Tal vez sea mejor así dejarlo y no intentar descubrirlos; tal vez no, eso solo lo saben quienes lo han intentado y, sobre todo, que han pagado el costo, sin importar cuál sea.

Viéndolo bien, hay un rojo oscuro que en algunas partes ya es costra, dura como rebaba. Tiene tonos más claros y, aunque ya seca y oxidada, se puede deducir fácilmente que no está hecha de pintura ordinaria, su textura es especial, rugosa, a sobrerrelieve. Irradia energía fluorescente e intensa, dicen que tiene muchos años ahí, décadas, lo cual no es de dudarse, pues basta con verla y sentirla: estremece, subyuga, es misteriosa, produce sensaciones extrañas, no definibles, desconocidas y vacías, como ingresar a una vida (o muerte) nueva, a un universo infinito e inmarcesible, a una región del éter aún inexplorada, sin dimensiones, sin espacio ni tiempo, sin sortilegios por descifrar, sin esperanza que impulse a vivir, un signo del fin, de ese fin que no tiene continuación.

Esa mano pareciera que quiere decir algo, contar su historia de sangre y terror, confesarse como el pecador imperdonable, el que bien pudiera durar años

en el confesionario y no terminar de contar sus faltas ni acceder a la absolución. Qué más se puede esperar de esa mano pintada en el muro, una mano particular en este lugar también particular, donde respirar sufrimiento es común. Esa mano que no es de pintura sino de plasma que escurrió intensa, viscosa, lenta, exactamente dibujada en la pared, añeja, imborrable, pues se dice que muchas veces la han intentado borrar sin éxito, mano con esas lágrimas rojas que escurren hasta el suelo y que debieron ser lloradas en abundancia, lágrimas de la muerte, paredón de mil fusilamientos donde ya es inútil lavar la sangre salpicada en el muro.

Mano roja y perfecta, impresa en la porosa superficie de piedra rosa, con sus líneas del destino exactamente dibujadas, sus falanges y revelaciones que saltan a la vista y, sin embargo, son intraducibles. Es notoria su corta línea de la vida, tan corta que inspira sufrimiento, tan profunda que no deja dudas. Hay quienes con su amplia experiencia han tratado de descifrar sus mensajes, pero ha resultado imposible, pues es como si cambiara constantemente, como si cada y cuando requiriera de alimento para seguir viviendo, para una nueva delineación, para comenzar a vivir de nuevo. La misma mano en su totalidad es prueba de ello. Ya es parte de la roca, ya nadie quiere borrarla, pues resulta imposible; aunque la pinten, al día siguiente aparece más reluciente, con más brillo, con más vida. Es una evidencia que no se puede evadir, la prueba de un hecho impune, de una injusticia como las muchas que se tejen en estos lugares.

Es una mano que te atrapa, atrae, captura, envuelve, aprisiona y esclaviza, pareciera que quiere transmitir su dolor, mostrar el sufrimiento que en esos pequeños espacios repetidos con exactitud de 3x4 metros explotan y conviven diariamente, con rigurosa disciplina, hasta pudrir las almas de las huéspedes que ahí se alojan de manera forzosa, pagando sus condenas, lacerando las vidas humanas que una sociedad enferma deyea insensible, cínica, despiadada. Vidas basura que generan más basura, desechos, peste, enfermedad,

contaminación vibracional que enferma y altera no solo los tonos armónicos de la tierra, sino del universo entero. Lugar donde el tiempo está detenido y el día a día se repite espantosamente igual, exacto, sin miramiento alguno por quien pudiera entrar en el espacio de la psicosis, del autismo o la esquizofrenia.

Más de cien años de vidas rasgadas, de historias comunes, frías, tenebrosas, muertas en vida, y miradas apagadas en el reflejo de esa mano de ese muro, de esa carraca, de ese olor, de ese brillo intenso, penetrante, óxido y perfecto. Muy cerca del hospital y de la zona de los dementes, muy cerca del sufrimiento extremo, del límite entre la vida y la muerte, la cordura y el abismo mental, la luz y la oscuridad eternas. Alaridos que estremecen la noche, emitidos desde algún lugar indeterminado, llanto escalofriante como de ultratumba, susurros como viento helado, sombras deambulando en los rincones, espectros nebulosos que se deslizan sombríos y silenciosos en la oscuridad y la aparente calma, psicofonías aterradoras e indudablemente presentes, seres inmatrimales que vagan buscando una ayuda para liberarse.

Se dice que la sección de mujeres de esta histórica prisión es lo más terrible de todo el penal, lo más inmundo, el infierno más profundo dentro del infierno, aquí no hay purgatorio, solo fuego que quema lentamente hasta consumirte de dolor, sufrimiento y soledad. Aquí el futuro no existe, el tiempo se congela y solo se vive la muerte. El infierno en este lugar sería el cielo; los dioses, santos, demonios y monstruos solo servirían de adorno inconvmovible e intrascendente, como todos los santos e imágenes de los templos, a fin de cuentas sin vida, de madera, metal, pasta, papel y pintura, materiales como la muerte, como el sepulcro o como la resignación.



**Rodolfo Olguín Ruiz** nació en San Luis Potosí el 18 de junio de 1961. Licenciado en Psicología por la UASLP, diplomado en Liderazgo en Comunidades de Aprendizaje por la UPN, orientador vocacional en la Esc. Sec. General Jaime Torres Bodet, doctor en Artes marciales Limalama y participante en talleres de literatura. Actualmente continúa dando clases de Limalama y escribiendo. Tiene en su haber alrededor de quince publicaciones que van desde psicología, pedagogía, investigación y arte, hasta cuento, novela y creación literaria en general.



# Carta al vacío

# Carta al vacío

N. A. Rico

---

Querido Fabricio:

Me encuentro sentada en ese sofá viejo y trasnochado, ese del que me quejé tantas veces, mismas que me alentaste a cambiarlo. Estoy al pie de mi ventana y vengo a contarte que ayer salí con mis amigas. Estábamos en ese café del centro, ese que está por tu casa, y al que tanto nos gustaba ir. Como podrás adivinar, me acordé de ti, y también caí en cuenta, justo cuando Mary pedía tu café favorito, de que era noviembre, un mes que, aunque frío y apático, para ti es muy especial, pues es el mes de tu cumpleaños.

Pues bien, hoy es 3 de noviembre, y son las 11.40 de la noche. Tengo un té a mi lado y un buen libro sobre mi regazo (en donde me apoyo para escribirte esta carta, por cierto), costumbre de la que siempre te mofabas y la cual no he cambiado desde que te fuiste.

Y tengo que confesarte que las páginas y mi amada infusión verde son las que me mantienen viva, o más bien, sobreviviendo. No puedo evitar sentirme impotente al ver esas condenadas estrellas, me recuerdan tanto nuestras pláticas nocturnas, y cómo nos seguían con sus ojos a dondequiera que íbamos, ¡puedo sentir cómo se burlan de mi desgracia, de nuestra desgracia!, y casi puedo escuchar sus risas cuando la noche lóbrega me va comiendo viva.

¿Recuerdas esa promesa que hicimos hace tanto tiempo? ¿Cómo jurábamos estar siempre juntos? En nuestra defensa, éramos ingenuos, solamente niños, inocentes, y creo que eso es hermoso, aunque triste. Pasó un año y seguíamos juntos, pasaron dos, pasó la prepa, y pasó uno más. ¿Y después? Crecimos. Siempre tuya,

Esmeralda

## Murria

De vez en cuando me sorprendo a mí misma pensando en él, incluso lo descubro en mis poemas, lo veo y hasta lo puedo sentir en mis estrofas. Me encuentro siempre lamentándome, pensando en los hubiera y en las palabras nunca dichas, ¡cuánto quiero que sepa lo que siento!, que aún tengo muchas cosas que decir, tantas, que a veces se me salen por los ojos en forma de agua.

Y cuando lo veo con ella no puedo evitar sentir desasosiego, le grito con la mirada que lo quiero, pero no encuentra mis ojos, no me escucha. Voy por la vida escribiendo sobre un amor utópico, pensando en cómo él no ha conocido el mío y en lo desdichada que soy, porque de las mil flores que ha tenido, ninguna he sido yo.



**Nicteha Rico**, nacida en San Luis Potosí, mercadóloga y actual estudiante en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. «Desde pequeña mis intereses en el arte me han motivado a estudiar música, literatura y canto, siendo mi familia mi principal influencia y motivación en mis pasiones y logros».



# La última charreada

# La última charreada

Silvia Velasco

---

Me pongo el vestido de Adelita color mostaza con olanes de encaje; debajo van las crinolinas blancas bien almidonadas que pican y mis botas cafés con un hermoso piteado. Le pido a mi hermano que me ayude a enredarme en el rebozo cuyo color contrasta con el atuendo. Me agarro parte del rebozo, me doy una vuelta, dos vueltas y a la tercera vuelta por fin puedo hacer el nudo en la cintura para que quede bien apretado y además luzca el rapacejo del hermoso rebozo de seda de Santa María del Río.

Me dirijo a la cabelleriza donde duerme Juguete, mi caballo. Nos conocemos muy bien. Escucha mi voz y alza las orejas. Huele a domingo, la piel se me empieza a enchinar porque mi momento de libertad va a comenzar. El caballerango ya alistó al caballo con el freno en su hocico, y colocó la albarda en la cual me siento de lado, como una buena amazona. Antes de subirme me pongo las espuelas, camino y escucho el chasquido de sus carretillas, checo que estén bien puestas y no lastimen al animal, ya que únicamente las utilizo como adorno y un poco para dirigir a Juguete en ciertos movimientos de la escaramuza charra. Everardo entrelaza sus manos y las pone como escalón para que pueda dar el salto y subirme al caballo. Me pasa el pesado sombrero blanco con adornos en dorado; me lo pongo y aprieto bien el barbiquejo alrededor de mi barbilla, ya que si no me queda fijo se puede caer al momento de correr.

Coloco la cuarta de cuero crudo en el dedo medio de mi mano izquierda, tomo las riendas y me dirijo al ruedo del lienzo charro. Siento la respiración de mi caballo, oigo en el piso de piedra bola el caminar de las herraduras. Juguete se comienza a emocionar al traspasar las puertas de madera y sentir la arena, y me lo hace saber con el continuo movimiento de sus orejas.

Somos doce amazonas listas en la manga del lienzo. Seis adelante y seis atrás. Caminamos lentamente al centro del lienzo, saludamos respetuosamente al público con la mano derecha tocando la orilla de nuestros sombreros y tomando con la izquierda la rienda. Al fondo se escucha al público en las tribunas, gritando los diferentes nombres de las doce charras. ¡Vamos, Silvia! ¡Con todo, Rosa! ¡A darle, Alicia! Regularmente los charros varones se encuentran alrededor del lienzo cuidando a toda la escaramuza, muy alertas en caso de algún accidente.

El mariachi toca y canta *Las coronelas* con voz fuerte. Así, los caballos y las amazonas comenzamos a toda velocidad a realizar cruzadas, el peine, el abanico que son peligrosos movimientos muy bien sincronizados.

Llega el final y todas corremos en línea hacia el punto cero de la manga del lienzo. Este es mi momento de más emoción. Lo vivo y lo siento desde que me coloco en el partidero. Las manos me sudan. Tengo un plan bien definido para rayar a Juguete estupendamente. Enredo bien las riendas en mis dos manos. Debo lograr que meta sus patas traseras tanto que quede sentado en la arena. Y arranco... frenando al caballo con todas mis fuerzas ya que él lo que quiere es correr a toda velocidad y yo, al contrario, lo voy deteniendo de manera que solo trote. Sigo con mi plan. Cuando vamos llegando al ruedo, le suelto totalmente las riendas, le pico con la espuela y le doy con la cuarta en los cuartos traseros.

¡Ahora sí, Juguete, corre!

Un metro, dos metros, siento la velocidad. Cinco metros y jalo las riendas tan fuerte que al meter las patas traseras se siente que la crin y sus orejas tocan mi cara. Estamos los dos totalmente horizontales sobre la arena del lienzo. Por instinto suelto las riendas, aprieto mis piernas a la silla y sin saber cómo ni por qué, el caballo logra aventarse para adelante y ponerse nuevamente en cuatro patas.

¡El público grita de emoción! Las rayas marcadas con las patas del caballo sobre la arena del ruedo son muy largas. Ha sido la mejor rayada que hayan visto.

Mi padre corre desesperado creyendo que el animal me aplastaría y que no podríamos incorporarnos. Cuando ve mi rostro lleno de lágrimas de emoción y sentada sobre el caballo me grita: «¡Es la última vez que charreas! ¡Eres una inconsciente, no te das cuenta del peligro que corres cada vez que te subes al caballo! ¡Cada vez haces cosas más arriesgadas!».

¿Consciente a los 18 años? ¡Para nada! Nací con temperamento fuerte y con una casta heredada de mi padre, bohemio.

Salté de mi caballo aceptando la decisión. Ya había sido advertida de que esto podría pasar. Mi padre cumplió su palabra y yo nunca más volví a presentarme en una escaramuza. Pero la sensación que viví ese día nunca la olvidé. Logré controlar al caballo como yo quise, logré ser libre en ese momento y eso es lo único que me queda en mi recuerdo como amazona. Así fue mi participación en mi última charreada.

Seguí saliendo a montar por caminos tranquilos de Los Dinamos de Contreras en Ciudad de México. Muchas veces corrí en La Huerta y sentí el aire en mi cara al compás del galope, hasta que llegó el día de decirle adiós a mi caballo, a mi Juguete.



**Sylvia Velasco** nació en la Ciudad de México y radica en San Luis Potosí desde 1985. Maestra y catedrática del idioma inglés durante 40 años en colegios particulares y universidades públicas. Licenciada en Turismo con estudios en Logoterapia, Inteligencia Emocional y Tanatología y certificaciones en terapias psicoenergéticas como *Emotional Freedom Techniques*, Reimpronta Matricial, Método Yuen y Lectora de Registros Akashicos. Participante en el taller de Iniciación a la Escritura del Ceart SLP y en el Círculo de Lectura con Alfredo Oria Fernández, escritor y *sommelier*. Actualmente estudia terapia biofísica.

# Ícaro





# Ícaro

Alexa Martínez

---

Después de calentarse el pecho con un americano cargado al canturreo de las melodías latinas de antaño, uno se olvidaba de que el cielo se caía a pedazos sobre la cafetería mal iluminada, procurada por el tipo de individuos que usualmente combina con sus periódicos. Ícaro guardó la servilleta en el bolsillo izquierdo de su pantalón y regresó a la mesa. Al llegar, advirtió con evidente horror la sutil divergencia que profanaba su escena: una furtiva huella de labios color rosa corrompía su taza de café, ahora sin rastro de gota.

En menos de dos minutos, la mesera, el personal de cocina, el gerente e incluso el anciano sentado en el fondo (el primero de los únicos dos comensales), estaban todos al corriente del crimen: alguna sinvergüenza sin derecho a juicio se bebió el café del angustiado Ícaro.

La mesera se defendía apuntando melodramáticamente la boca pintada de rojo. No pudo ser ella. Tal vez una tacaña entró sin ser vista, sugirió el lavaplatos, pero el anciano comensal demostró astucia de antaño al señalar que, de haber sido así, huellas de lodo quedarían impresas sobre el suelo.

Sea como fuera, una cosa quedaba en claro: Ícaro no soltaría ni para la propina. Indignado, atravesó la salida, pero al comenzar a caminar bajo el golpeteo de las gotas reventando contra su paraguas, no pudo evitar que una sonrisilla le cruzara el rostro.

Quién sabe ya cuantos cafés le había invitado aquella barrita color rosa.

# Perpetua



# Perpetua

Gustavo Antonio SP

---

Esta es la historia de una persona que está escribiendo un cuento. Esto ya lo hice ayer. Y hoy mismo seguimos frente a las palabras.

Esto tiene la novedad de un sueño recurrente. Quizá despierte y sepa con hartazgo que ya antes había pasado, pero el tiempo es extraño en prisión, como en los sueños.

Tomo esta piedra, convencido de la novedad.

Una receta para abrir cerraduras o salir de la cárcel: cuando la chaca hace su nido en los árboles, hace un hueco en el tronco usando su pico. Lo que tienes que hacer es cerrar el nido con alguna piedra grande cuando haya salido del nido. El ave sabe que si no lo abre pronto, en el interior se empollará la muerte. Vuela de prisa y encuentra una hoja que sólo ella podría distinguir entre todos los árboles. Presenta la hoja al nido obturado y este se abre como si algo desde dentro botara la piedra. Pone atención de tomar la hoja mientras cae, sin dejar que toque tierra. En esa hoja que parece cualquiera de cualquier árbol, el ave descubrió sus cualidades para liberar cerraduras, y ahora tú puedes utilizarla. Mi abuelo dice que así se cuenta en el Istmo. Tengo pocos recuerdos de él, y este es el único positivo. No sé durante cuántos ayeres ya he hecho esto. Digo: «esto ya lo he hecho» y no importa qué día sea hoy, pues son iguales todos, es posible que esto esté ocurriendo dentro de un año cuando siga haciendo esto mismo.

Esta parte de la cárcel algunos la llaman la Alameda, porque les recuerda un jardín de la ciudad. En sus árboles se han colgado varios presos. Sus árboles son pirules, como en las historias de brujas. Y en cierta época del año llegan los pájaros carpinteros a hacer sus nidos. Las chacas, les decía mi abuelo. Uno sabe eso cuando lleva años aquí dentro. No quiero morir aquí. La pájara ya descubrió la piedra tapando el nido, alejándola de su futuro. Ahora vuela lejos, sale de

la cárcel como burlándose de todos; con risa de bruja, quizá por eso pueda encontrar esas hojas mágicas. Pero por primera vez ahora también yo río. Río porque esa carcajada con que aletea el ave también es mi libertad, sólo hay que esperar mi llave. No quiero morir aquí, necesito liberarme.

Mi ave no llega y se acabó el tiempo libre, volveremos a la crujía (tengo que salir). Los pirules son ricos en aroma, en pájaros carpinteros, en brujas y en ahorcados, así pueden gustarte aunque no sean buenos para elaborar muebles.

No tengo relación con ningún compañero. Las cosas cambian aquí, pero yo permanezco. Hace mucho que no cuento mis años, ni de nacer, ni de no ser libre, eso no tiene sentido con una cadena perpetua. Podrían convencerme de que tengo toda mi vida contenida en diez años y que esa es mi edad; o que yo ya estaba encarcelado en esta tierra incluso antes de que construyeran la prisión, como un pirul.

Pienso en el tiempo, pero no en controlarlo o contarlo. La sentencia es como si te explicaran que ya estás muerto, que te prohibirán la vida y sólo esperarán a que tu vida te libere del cuerpo. Preferiría la pena de muerte. Te queda prohibido hacer cualquier cosa, excepto morirte veinticuatro horas al día. Te presentan el lugar en el que morirás, y entonces da casi lo mismo que sea hoy o cualquier otro día. Hoy como entonces verás los mismos muros, comerás y dormirás de manera similar. Ojalá que sea hoy, pero sin prisas. Entonces nada tiene sentido de ser pensado, excepto la huída.

Esa noche hubo una tormenta eléctrica, lo cual dificultó el descanso, junto a cientos de inconvenientes propios de alguien encerrado. Así las pesadillas. Esa noche de tormenta, mi abuelo (otra vez) me visitó. (Mientras lees esto sigo hablando con mi abuelo bajo la lluvia.) Algunos fantasmas son como la chaca, entran y salen sobre una carcajada. Me dijo que ya nadie más lo recordaba. Lo entiendo. Nuestra familia es más propensa a la violencia que al cariño, por eso somos pocos y llenos de problemas, morimos mucho y nacemos poco. Así yo

soy el único que lo recuerda, y lo recuerdo mal. Me reprocha que la persona que maté era carpintero como él. Me ordena unirme al taller de carpintería. Es terco y tosco, y no entiende que yo ya pronto escaparé, sólo tengo que atrapar la hoja y ponerla en las cerraduras (como ya lo hice antes). Él me grita y me da un golpe en la nuca, es como si yo siguiera teniendo 10 años; como en los sueños o en la infancia, que no entiendes cómo o por qué ocurren las cosas, sólo te dejas llevar como la bestia servil del tiempo. Y así, contrario a toda lógica, se pone a enseñarme carpintería. Por un momento, lo veo como un buen oficio a mi salida. No debo morir aquí. Mañana tomaré la hoja del carpintero.

Veo que otros presos duermen incómodos por el ruidoso regaño de mi abuelo. Quizá esto no es un sueño.

A veces sueño que salgo al fin perdonado y, una vez afuera, descubro que toda la cárcel está adentro de un nido cerrado por una piedra. Reconozco la piedra, sé que yo la puse allí. Quizá entonces toda acción que haga sólo me aprisionará más, y no hay condena más severa que mis actos pasados. ¿Pues qué haría afuera? Con lo bien que se me da la violencia. Estoy afuera de la cárcel y aún adentro del nido cerrado, y algo me hace saber que es la misma piedra con la que le destruí la cabeza a ese hombre carpintero. Sí, reconozco mi piedra, claramente. Así como la chaca reconoce la hoja libertaria de entre el bosque, yo reconozco la piedra que esclaviza: nos parecemos en sentidos opuestos.

Otras veces, al mirar absorto los muros, decido saltarlos, cosa imposible, por la altura de estos pero, total, puedo saltarlos como pasa en los sueños. Al saltar el último muro —una emoción de cuenta regresiva antes del aterrizaje en la libertad— quedo colgando sin tocar el exterior, mis pies no alcanzan el suelo. Una soga que corre por mi cuello me detiene a algunos centímetros de ser libre. Después de todo mi esfuerzo, al final descubro que desde el inicio era una carrera perdida, por no saber que tenía una soga al comenzar. Una soga atada firmemente a un pirul de la Alameda. Allí siguen los colgados y los carpinteros riéndose.

Todo intento de salir fue un suicidio. (Y esto ya me había pasado, no sé por qué me sorprende.)

No es posible dormir cuando sabes que un carpintero traerá tu llave al día siguiente.

Me sentía como vuelto a encerrar cuando supe, por la mañana, que un trueno había tirado el árbol de mi ave. No sé qué pasó con los polluelos que lo habitaban, electrocutados en casa, encerrados por mi piedra. Lo único importante era la pérdida de mi hoja. Entonces comprendí mi sueño: la importancia de aprender a hacer un armario.

Al ver a los polluelos salir de su prisión dentro de un pirul, ideé mi plan de escape. A pesar de lo poco que convivo, me uní al taller de carpintería para tener un cómplice, alguien que pudiera hacer lo que mi abuelo me decía durante las pesadillas. Podría haber aprendido a hacerlo solo, pero mi esencia no es la creación. Tengo el pesimismo de quien hace algo en lo que ya ha fallado ayer, quizá en algún sueño.

Ayudé en la creación de un ropero a mi imagen y semejanza, macizo como la piedra. Sólo con esa apariencia y peso podríamos salir en él sin que sospecharan de la carga extra. Mi abuelo pensó incluso en un doble fondo secreto, una obra de arte digna de un muerto, imposible que no fuera del gusto estético de los compradores, y ese logro artístico nos liberaría.

En los últimos instantes, antes de salir, ya dentro del armario, a punto de pasar la última puerta, comencé a reír, como las brujas que vuelan de los pirules. No tenía miedo de que el ruido me delatara, sino mucha emoción. La emoción de alguien a punto de conocer en la horca la Justicia. Esos segundos se volvieron infinitos como toda mi condena. El tiempo se comprende profundo con una condena perpetua, a muerte.

Pero en toda esa compacta eternidad, ocurrió, me acordé. Algo me agarró del cuello ahorcándome, evitándome avanzar con el armario. Me sacó

traspasando la madera, flotando, y sentí el pánico de recordar mi suicidio exitoso. Como si me cayera sobre mi cadáver que ya me extrañaba.

El pasado es una larga cadena.

Me hubiera gustado saber esto antes de matarme. Algunos fantasmas no somos aves, sino árboles. Algunos pirules pueden tener más de cien años, están amarrados a tierra desde antes de que esta tierra fuera una cárcel. Me gustaría saber por lo menos cuándo me maté, pero cuando uno está condenado no piensa en muchas cosas, fuera de escapar. Ya he pensado mucho en el tiempo, por qué volvería a hacerlo.

Morir es sólo cargar lo necesario, quitarse de banalidades, como lo es el cuerpo; te quedas con sólo aquello que te define, somos más portátiles, más ocultables. Tu esencia cabe en una idea, el cuerpo no, ese necesita de armarios. He estado tanto tiempo en prisión que ya no soy yo, quizá sólo una idea. Así es mi abuelo, ya no queda nada de nuevo, sólo sus viejas costumbres de cadáver: carpintería, leyendas y regaños. Eso es lo único que le sobrevive en mí, repitiéndose como si siempre fuera el mismo día. Somos árboles viejos, muertos sin haberse enterado, y aún como en vida, albergamos nidos y suicidas, y nidos y suicidas, y nidos y suicidas, sin pensar nunca que eso ya lo han hecho.

¿Qué cargo? Violencia. Destruir y encerrar a puño de piedra, romper cabezas como cascarones, huir, aprisionarme con cuerda el cuello, sin saber que eso ya lo hice ayer, y puedo dejar de hacerlo la vida que quiera.

Quizá ahora que la prisión ha cambiado. Ya no hay taller de carpintería, pero hay otras formas de sacar esta esencia compacta. Escondido en el fondo doble de un cuento. Quizá para mí la creación no sea más que otra condena eterna, y cada que alguien lea esto yo vuelva a estar en la prisión de «destruir y encerrar a puño de piedra, romper cabezas como cascarones, huir, aprisionarme con cuerda el cuello». Este cuento es una pesadilla recurrente. Pero al final, por un instante, seré libre vía palabra, cuando así se lea otra vez.





**\*Gustavo Antonio SP\***. Ama recitar poesía en el transporte público, activar el parolibros de San Francisco, pues cree en el arte como una herramienta del dialogo empático y sensible, una posibilidad de mundos más democráticos y justos para todes. Autor de *Conejo y coyote*, libro ilustrado donde recopila relatos de la tradición de las familias triqui en San Luis y explora la descolonización. Dirige el *Telar de Escritura*, y la publicación del fanzine *Mes Fictober*, junto al Con(s)ejo Editorial. Psicólogo, escritor, promotor cultural y confía en el amor.



# El músico

# El músico

Sagrario Serna Campos

---

En una celda húmeda e improvisada, se encontraba un pobre moribundo. Golpeado y tirado sobre el suelo frío, se le podía ver mover los dedos al ritmo de una canción que sonaba al fondo:

*Necesitado,  
Me encuentro, Señor,  
Ayúdame a ver, yo quiero saber,  
Lo que debo hacer  
Muestra el camino que debo seguir,  
Señor, por mi bien, yo quiero  
Vivir un día a la vez...*

Estaba allí porque un día antes había recuperado la libertad y horas después la volvió a perder.

El Conejo era un alcohólico con un gran historial de desgracias. Pero no siempre fue así. Treinta y cinco años atrás se dedicaba a alegrar la vida de su pueblo, era un músico querido y respetado, fanático de la música nortea, adoraba a Ramón Ayala y a Cornelio Reyna. A los 17 años dejó su casa para ir a trabajar al Valle de Texas, pues quería juntar unos dólares y comprarse su anhelado acordeón Gabanelli de 34 botones, tono sol. Después de dos años, finalmente lo consiguió. Esa época estaba llena de bellos recuerdos, pues cruzaba el río Bravo cada viernes para pasar los fines de semana en Reynosa. Fue cuando conoció a Dora, la que se convertiría en su linda esposa.

Tiempo después lo cansó la vida fronteriza y decidió volver junto a Dora a su pueblo. La familia vivía de las presentaciones musicales que el Conejo y su grupo

ofrecían cada fin de semana, pues la gente se sentía identificada con la pasión y entrega con la que el artista del pueblo tocaba e interpretaba el género norteño.

Dora no se acostumbraba a la vida pueblerina y lo convenció de regresar a la frontera. Fue entonces cuando estando allá, la *jefecita* del Conejo enfermó y murió de forma repentina.

El acordeonista entró en depresión; sentía culpa y se maldecía por no haber estado al lado de su madrecita en su lecho de muerte. Y comenzó su hundimiento en el alcohol. Dora pensó que al regresar al pueblo la vida sería igual que antes, pero estaba muy equivocada. Su esposo jamás volvería a ser el mismo, y ella sería una mujer golpeada y humillada frecuentemente.

Una noche en que el Conejo regresaba a su casa, después de haber estado en la cantina, encontró en el patio a su hermano Pedro hablando con Dora. Estaba tan alejado de la realidad que no reconoció a su propio hermano e imaginó que era el amante de ella. Sacó la pistola que cargaba en un costado, maldijo a su mujer y al hombre que estaba con ella y comenzó a dispararles. Pedro murió al instante y Dora quedó herida, pues la bala paso al lado de su garganta. De milagro, la pobre quedó viva, pero condenada a hablar como un monstruo, porque su voz jamás volvió a ser la misma.

Hernán Peñalbert García alias el *Conejo* fue a prisión, condenado por 25 años, y jamás volvió a ver a Dora ni a la hija que habían procreado. En la cárcel, el Conejo cayó presa del arrepentimiento, los recuerdos no lo dejaban vivir. Intentó quitarse la vida tres veces, pero no tuvo éxito, tal vez por cobardía, porque en el fondo no tenía ganas de dejar este mundo.

Hernán intentó cambiar su vida y luchar contra el alcoholismo en la cárcel, pero fue inútil, la enfermedad lo hacía recaer y hacía negocios con otros reos para conseguir mezcal. Así pasó 25 años tras las rejas, en los cuales nadie lo fue a visitar.

El día que salió, en el fondo hubiera preferido quedarse encerrado, pero solo había algo que le devolvía las ganas de vivir: poder nuevamente comprar y

tocar un acordeón como el que había tenido en su juventud. Al abandonar la prisión estatal tenía muchas preguntas: ¿dónde estará Dora? ¿La busco o no? ¿Mi hija sabrá que existo?

Sabía que su pueblo estaba cerca. Preguntando y preguntando llegó a la salida de la ciudad, hasta la carretera 40. Era un día soleado y el pobre hombre estaba bajo el sol, sediento, sin un peso, muerto de calor y pidiendo un aventón. Después de un par de horas, una camioneta cargada de cajas de zapatos frenó; el conductor se detuvo frente al Conejo; el hombre bajó el volumen de la música, luego el cristal de su lado derecho, y preguntó: «¿hasta dónde va?». El Conejo respondió: «hasta el kilómetro 70». «Pos súbbase, *compa*». El conductor, que lo llevaría a su destino, subió el estéreo a todo volumen y comenzó la música norteña que tanto adoraba el Conejo. Se conmovió casi hasta las lágrimas, pues no podía con la alegría cuando escuchó el coro de la canción *La miedosa*, de Ramón Ayala:

*Tiene miedo de ir al cine*

*No vaya a ser que yo me arrime*

*He he he he he he he he*

*He he he he he he he he*

Pero la alegría de Hernán solo duró un par de canciones, pues veinte kilómetros adelante, un retén le hizo el alto a la camioneta y un soldado les pidió que se bajaran. El conductor no obedeció, y aceleró. Unos segundos después comenzaron los disparos, los neumáticos fueron alcanzados por las balas y el conductor recibió un impacto mortal. Las cajas de zapatos salieron volando y de ellas escapó polvo, formando una gran nube blanca. Minutos después llegaron soldados a su lado y los sacaron del interior de la camioneta.

El Conejo quedó con vida, pero herido de un brazo. Lo interrogaron. Cuando les dijo que era inocente, no le creyeron y lo golpearon sin piedad. Más muerto que vivo, lo encerraron en un cuarto húmedo y viejo que improvisaron como una celda, cercano a una gasolinera.

Al día siguiente, con el cuerpo cansado y adolorido, solo pudo abrir su ojo derecho, a pesar de estar hinchado. Muy a lo lejos se escuchaba la canción que tanto le gustaba a su madre, de las primeras piezas musicales que aprendió en su acordeón.

Solo por eso sacó fuerzas de donde pudo para mover los dedos de su mano derecha, pues recordaba el ritmo de ellos sobre cada botón en aquel acordeón.

**Juana María Sagrario Serna Campos.** Licenciada en comunicación gráfica por la Universidad del Centro de México y maestra en Ciencias del Habitat por la UASLP. «Hola. Nací El 24 de junio de 1989 en San Luis Potosí, SLP. Desde niña me gusta imaginar historias, quizá por eso soy amiga de los libros y las letras y considero que cada palabra está llena de poder y mucha magia».

*Escritura en colectivo. Selección de los talleres de literatura del CEART San Luis*  
se maquetó en el Centro de las Artes de San Luis Potosí  
en agosto de 2022.







ANIVERSARIO  
2008 AGOSTO 2022



**POTOSÍ**  
PARA LOS POTOSINOS  
GOBIERNO DEL ESTADO 2021-2027

**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA

**CEART**  
SAN LUIS